3 1761 08831811 8

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

2

3

EL LIBRO TALONARIO

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN VERSO

POR

JOSE ECHEGARAY

Representada por primera vez en el TEATRO DE APOLO
el 18 de febrero de 1874.

SEXTA EDICIÓN

MADRID
TIPOGRAFÍA YAGÜES
DOCTOR FOURQUET, 4
1922

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARÍA, esposa de	Sra. Díez.
CARLOS.....	Sr. Vico.
LUIS, primo de María.....	» Cepillo.
JUAN, criado.....	» Martínez.

La escena en Madrid.—Época moderna.

Esta obra es propiedad de su autor y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A la eminente actriz

Doña Matilde Díez

en testimonio de admiración y gratitud.

EL AUTOR

6

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/ellibrotalonario00eche

ACTO UNICO[1]

Sala lujosamente amueblada: en el fondo, un balcón; a la izquierda del público, una puerta; a la derecha, dos; a la derecha también, y en primer término, un velador, y sobre él un quinqué encendido; libros, recado de escribir, etc.; junto al velador, un sofá; a la izquierda, una mesa y un sillón. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

MARÍA, sentada junto al velador y bordando

¡Las doce, y Carlos no viene!
(*Suspendiendo el trabajo.*)
¡Cuando en su conducta pienso,
en sus tristezas sin causa,
en su anhelar sin objeto,
en sus continuas ausencias,
en aquel duro despego
con que se aparta de mí
y del pobre pequeñuelo,
la verdad miro patente,

(1) Todos los versos que van entre comillas, así como los párrafos de las cartas en prosa que lleven este signo ortográfico, se han suprimido en la representación.

el desengaño contemplo,
y son certezas mis dudas
y son venganzas mis celos!
¡Mi frente quema y le falta
respiración a mi pecho!
(*Se levanta, se dirige al balcón y lo entreabre; pausa. Después vuelve al proscenio.*)
¿Dónde estará Carlos, dónde?
¡La baronesa... Loreto...
ella sí; no hay que dudarlo!
Es hermosa como un cielo,
tiene encanto irresistible,
y a su mirada de fuego
los más sensatos deliran
y enloquecen los más cuerdos.
Pero a mí también me aclaman
por hermosa; y yo le quiero
con el alma y con la vida,
¡y soy la madre de Eugenio!
¡Si digo que es imposible:
si aunque lo estuviera viendo,
creyera la realidad,
del delirio fingimiento!
¡El, tan noble, tan amante,
conmigo siempre tan bueno!
¡La prenda del alma mía,
Carlos, mi esposo, mi dueño!
(*Rompe a llorar.*)
¿Llora el niño?
(*Acercándose a la primera puerta de la derecha y escuchando.*)
No; serían
de mis sollozos los ecos.
(*Pausa; vuelve a sentarse.*)
¡Sola, siempre sola! Carlos,
de asuntos con el pretexto,
de mí se aleja. Vendrá
triste, pensativo, inquieto,
y sin estrechar mi mano,

y sin dar al niño un beso,
sin entrar ni por costumbre
en este cuarto tan lleno
de perdidas ilusiones
y de amorosos recuerdos,
a solas con su pasión
se irá el infiel, mientras quedo
a solas con mis tristezas
y luchando con mis celos.
Quiero saber la verdad,
¡la verdad a cualquier precio!
Luis me prometió una prueba,
y yo estimulé su intento.
¿Hice mal? Yo no lo sé;
tan sólo sé que deseo,
o de mi mal la evidencia
o de mi mal el remedio.
¿Un coche?
(*Aplicando el oído.*)
¿Si será Carlos?
No puedo luchar más tiempo
con las dudas que me matan;
esta misma noche debo
hablarle. ¿Por qué vacilo?
Si él no viene, iré a su encuentro.
(*Se dirige hacia la puerta de la izquierda.*)

ESCENA II

MARÍA, JUAN

JUAN. Acaba de llegar...
MARÍA. ¿Quién?
(*Precipitadamente.*)
¿El señor? Que entre al momento;
«he de verle y he de hablarle.
JUAN. »Sí, señora. (*Con calma.*)

MARÍA. »¡Pronto!
JUAN. »Pero
»si no es el señor don Carlos,
»si es otro. Como soy nuevo
»en la casa me confundo
»con tantos nombres; yo creo
que es el amigo del amo;
»aquel gentil caballero
»que viene todos los días
»dos o tres veces lo menos.»
Es don Luis...
MARÍA. ¡Don Luis Mendoza!
JUAN. Cabal.
MARÍA. (*Hablando consigo misma.*)
¡A estas horas!
JUAN. Eso
dije yo, que no sabía
si la señora... Mas luego
él insistió; que era cosa
de importancia, con misterio,
me repitió varias veces.
MARÍA. (*Aparte.*)
(Y bien, ¿qué importa? No puedo
la impaciencia que me abrasa
dominar más largo tiempo.)
Que entre don Luis. (*En voz alta.*)
JUAN. Bien, señora.
MARÍA. Y que espere aquí.
JUAN. Al momento.
(*Sale Juan.*)
MARÍA. Cuando él viene trae la prueba,
y esa prueba yo la quiero.
«Borraré de mis mejillas
»el llanto que en ellas siento;
»a mis apagados ojos
»daré de la fiebre el fuego;
»fingirán dulces sonrisas
»mis labios de dolor trémulos,
»y del cariño de Luis

»me serviré en mis proyectos.»
¡Ay, que Dios por la intención
perdone tan ruines medios!
(*Sale por la segunda puerta de la derecha, y en el mismo instante entra Juan por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA III

JUAN, seguido de don LUIS

JUAN. Pase usted, señor don Luis.
«Al pronto, como soy nuevo
»en la casa... la verdad,
»no recordaba... Yo ruego
»al señor que me dispense:
»¡soy tan torpe!
LUIS. »Ya lo veo.
JUAN. »A veces, ni aun a don Carlos
»le conozco. No, y en esto
»no es toda la culpa mía.
»Por acá sólo está el tiempo
»preciso para comer
»y dormir; de suerte...
LUIS. »Bueno:
»estoy de todo enterado.
JUAN. »¡Enterado!... ¡Por supuesto! (*Con malicia.*)
»¡Si es usted más de la casa
»que don Carlos!
LUIS. »¡Majadero,
»vete pronto!
JUAN. »Ya me voy.»
La señora, que al momento (*Retirándose.*)
vendrá. (*Aparte.*) (Vaya. y es buen mozo,
ojos pardos. . mucho pelo...
Lo de siempre: ama bonita,
primo guapo, y amo... bueno.) (*Sale.*)

ESCENA IV

LUIS, solo

¡María, sólo tu imagen
ante mis ojos contemplo!
Todo lo demás no existe
para este amor, que en mi seno
es la suprema esperanza
y es el supremo tormento.
Honor y amistad olvido:
ante nada retrocedo:
«para conseguir tu amor
»hasta la infamia desciendo.»
Compré conciencias con oro;
con oro compré secretos,
y hoy en mis manos las pruebas
del amor de Carlos tengo.
Estas son las cartas:
(*Sacando unas cartas.*) ¡cómo
filtrarán sutil veneno
de mi adorada María
en el agitado pecho!
«¡Cómo inflamarán sus frases
»los mal contenidos celos
»de la esposa, y en venganza
»trocarán su llanto acerbo!»
¡Cuánta pasión puso Carlos,
al escribir a Loreto,
en los ardientes renglones
de este papel indiscreto! (*Pausa.*)
Esto es infame, lo sé:
de mí mismo me avergüenzo;
pero evoco de María
el abrasador recuerdo,
¡y ay de mí, que ya no lucho!
¡Ay, que resistir no puedo!

ESCENA V

MARÍA y LUIS

LUIS. Perdón la debo pedir
si en hora tan avanzada...
MARÍA. La disculpa es excusada.
LUIS. Sin embargo...
MARÍA. El insistir
dudar es de mi franqueza,
y fuera injusta porfía.
LUIS. Compite en usted, María,
la bondad con la belleza.
(*Se sienta junto al velador.*)
MARÍA. Carlos tampoco ha venido:
de suerte que para mí
no es aún tarde, pues aquí
le aguardo siempre.
LUIS. Afligido
por dar una mala nueva,
debo advertirle, señora,
que será muy a deshora,
y de ello tengo la prueba,
cuando al lecho conyugal
regrese el esposo amante:
le he dejado hace un instante
con Loreto Sandoval.
MARÍA. ¡Basta, Luis!
LUIS. Usted olvida
que pruebas he prometido.
MARÍA. Olvida usted, ¡y es olvido!,
que me va en ello la vida.
LUIS. Cuando pienso que mi amor
en usted no halla piedad,
mi sola felicidad
es gozarme en el dolor
que usted sufre, y mi porfía

llega a pensar que es un bien
el que usted llore también.
Perdóneme usted, María.

MARÍA. Si es así, no más porfíe: (*Tristemente.*)
si su dicha está en mi llanto,
será usted dichoso, y tanto,
que ya la dicha le hastíe.

LUIS. El dolor término alcanza,
y hasta quisieron los cielos
que concluyeran los celos
donde empieza la venganza.

MARÍA. ¿Venganza digna?

LUIS. Atrevido
fuera yo, y aun descortés,
de otra manera.

MARÍA. ¿Cuál es?

LUIS. El desprecio y el olvido.

MARÍA. Si despreciar es posible
al hombre que tanto amamos,
si al despreciar olvidamos,
pronta estoy. Pero ¿es creíble
en Carlos esa traición?
¿Es prueba, Luis, suficiente
que esté, como tanta gente,
de Loreto en el salón?

LUIS. Mi franqueza lo declara:
no es una prueba, María.

MARÍA. ¿La pena entonces valía
de que usted se molestara?

LUIS. «Una visita galante,
»una noche en un salón,
»miradas que al corazón
»llegan del objeto amante,
»suspiros que el aire lleva,
»palabras que borra el viento,
»un beso y un juramento...
»nada de esto es una prueba.»
Mas con letra del infiel,

(*Acercándose a María, en voz baja, y con marcada intención.*)
frases que roban la calma
y que llegan hasta el alma,
escritas en un papel,
merecen, a lo que infiero,
—no que yo me molestara,
no hay molestia—que turbara
su reposo.

MARÍA. (*Con vehemencia.*) ¡Yo las quiero!

LUIS. ¿Las cartas de Carlos?

MARÍA. ¡Sí!

LUIS. Estas son.
(*Mostrándolas. María pretende apoderarse de las cartas; Luis las retira.*)
No.

MARÍA. ¡Por los cielos!
(*Los mismos movimientos.*)

LUIS. Dudo.

MARÍA. ¡Me abrasan los celos!

LUIS. También me abrasán a mí.
¡Pregonan ruines traiciones!
(*Mostrando las cartas.*)

MARÍA. ¡Pregonarán mi venganza!

LUIS. Ella es mi sola esperanza.

MARÍA. ¡Las cartas! (*Suplicando.*)

LUIS. Sin condiciones.
(*La entrega las cartas con galanteria. Pausa.*)

MARÍA. ¡Su letra!... ¡Valor!... ¡Y aun lloro!
(*Limpiándose las lágrimas y esforzándose por leer, pero sin conseguirlo.*)
¿Qué dice aquí? (*A Luis.*)

LUIS. (*Inclinándose hacia María y leyendo la carta que ésta tiene entre sus manos.*)
¡Te amo tanto!

MARÍA. ¡No puedo con este llanto!
(*Los mismos movimientos.*)
Y aquí, ¿qué dice?

LUIS. ¡Te adoro! (*Leyendo.*)

MARÍA. ¿Y al principio?
LUIS. ¡Vida mía! (*Leyendo.*)
MARÍA. ¿Y al fin?
LUIS. ¡Para siempre tuyo! (*Leyendo.*)
MARÍA. ¡Mi Carlos dice que es suyo!
LUIS. ¡Y para siempre, María!
MARÍA. El cáliz quiero apurar,
y en vano intento leer...
(*Entrega las cartas a Luis y oculta el rostro en el pañuelo.*)
LUIS. (*Leyendo las cartas para sí.*)
¡Qué pasión esa mujer
ha conseguido inspirar!
(*Pausa. Después lee en alta voz.*)
«Adorada Loreto: Comienza a despuntar el día y no he podido conciliar el sueño; tú me faltas y sin ti no hay para tu Carlos ni sosiego ni reposo, ni es la existencia mas que tormento intolerable. A poca distancia de mí duermen María y Eugenio, los dos seres que yo más amaba en el mundo antes de conocerte, Loreto de mi vida. Hoy, ¿qué son para mí? Si su recuerdo pasa por mi memoria, más es como sombra molesta que como imagen querida. Es que tu amor, Loreto de mi alma, se ha apoderado, como dueño absoluto, de mi ser, y tu Carlos diera por sólo un beso tuyo...»
MARÍA. ¡Basta!... ¡Basta ya!... ¡Dios mío!
¡Carlos!... ¡Infamia! ¡Traición!
¿Qué siento en el corazón?
¡Antes fuego y ahora frío! (*Pausa.*)
No es vengarse el olvidar;
no es el desprecio venganza;
pero mi mente no alcanza
venganzas a combinar,
que devuelvan al traidor
y devuelvan con usura
por mi tortura, tortura;

por su infamia, deshonor;
de lágrimas un raudal
por estas lágrimas mías,
que amarguen sus alegrías,
con Loreto Sandoval.
¿Qué hacer?... ¡No sé!... ¡Me confundo!
¡Se obscurece mi razón!

LUIS. ¡Qué fuego! ¡Cuánta pasión!
(*Leyendo las cartas para sí.*)

MARÍA. Se siente un odio profundo,
si sufre ofensa mortal,
el hombre, cual caballero,
frente a frente con su acero
hiere el pecho a su rival.
Y la mujer entre tanto,
por escarnio de la suerte,
lleva en el alma la muerte
y sólo en los ojos llanto.
Medita venganzas fieras,
busca el vengador acero,
y encuentra en su costurero...
¡dedal, aguja y tijeras!
(*Riendo sardónicamente.*)
¿No es verdad?... ¡Debo reír!
¿Ve usted la risa en mi boca?
¡Es, Luis, que me vuelvo loca!
¡Es que me siento morir! (*Rompe a llorar.*)

LUIS. (*Aparte.*)
(¡Pobre mujer; voy pensando
que hice mal en torturarla!
Pero ¿cómo no adorarla
si es tan hermosa llorando?
¡Ojos a los que el dolor
da tan celestial rocío,
cómo lloraréis, Dios mío,
cuando lloréis por amor!)

MARÍA. ¡Luis! (*Con arranque repentino.*)

LUIS. ¡María!

MARÍA. ¿Me ama usted?

LUIS. ¡Y lo pregunta la ingrata!

MARÍA. Pero ¿con amor?...

LUIS. ¡Que mata!
¡Que es delirio, y fiebre, y sed!

MARÍA. ¿Dispuesto?...

LUIS. ¡A todo! ¡En los senos
ordene usted que ahora mismo
me sepulte de un abismo!... (*Con exaltación.*)

MARÍA. Me basta con mucho menos. (*Irónicamente.*)
Escriba usted. (*Señalándole la mesa.*)

LUIS. Pero ¿qué? (*Extrañándose.*)

MARÍA. Lo que dicte. (*Se levanta y pasea con agitación.*)

LUIS. ¡Es singular! (*Vacilando.*)

MARÍA. Eso, Luis, es vacilar.
¿Y el abismo? (*Con ironía.*)

LUIS. Escribiré.
(*Se sienta Luis y escribe. María le dicta la siguiente carta, interrumpiéndose varias veces con risa sarcástica.*)

MARÍA. Adorada María: No más temores, no más llanto: tú lo quieres y tu voluntad es mi ley; ¡pero cuánto sufro al separarme de tus cartas, tan amantes, tan tiernas, que tan dulces recuerdos evocan!, «ni yo podré explicártelo, ni pudieras tú comprenderlo a no sentir el dolor que ahora siento.» ¡Dos años ha que las guardo fielmente! ¿Por qué crees hoy que pudieran arrebatármelas? «¿Quién ha turbado tu tranquilidad con peligros imaginarios?» No, vida mía; nuestro amor es un misterio que él, ese hombre, nunca sospechará. «Perdóname, alma de mi alma, si por completo no cumplo lo que vencido por tus lágrimas he jurado.» De tus cartas, que por mi mal son harto breves, he separado las hojas en blanco y cuidadosamente he de conservarlas. ¡Hojas en blanco para todos; para mí, en su silenciosa y limpia

superficie, cuántos recuerdos y cuántas venturas!»
La despedida y firmar.
(Pausa. Luis escribe; después se acerca a María y le muestra la carta satisfecho.)

LUIS. ¿Qué le parece, María?

MARÍA. No está mal; pero algo fría.

LUIS. Yo pensé... (*Desconcertado.*)

MARÍA. Puede pasar. (*Fríamente.*)

LUIS. Consumado el sacrificio.
¿Me pudiera usted decir?

MARÍA. Ahora, no: voy a escribir.
(Contesta María distraídamente y se sienta a la mesa después de meditar algunos momentos. Luis la observa con atención.)

LUIS. (*Aparte.*)
(Perdió la infeliz el juicio.
(María corta las hojas en blanco de las cartas de Carlos, sonriendo irónicamente.)
¡Está cortando!... ¡Si digo
que ha perdido la razón!)

MARÍA. (*Aparte.*)
(Donde escribió su traición
escribiré su castigo.
Así su infamia resalta.)
(Alto y dirigiéndose directamente a Luis con sonrisa irónica.)
Corto las hojas en blanco
de varias cartas.

LUIS. Soy franco:
nada entiendo.

MARÍA. Ni hace falta. (*Riendo.*)
(María prosigue cortando hojas en blanco, y Luis mirando con curiosidad esta operación extraña. Al fin María se detiene y vuélvese hacia Luis.)
¿En su carta no me dice
que me devuelve las mías,
aunque con sus alegrías,

porque al fin me traquilice? (*Luis asiente.*)
Pues bien: esas cartas, Luis,
voy a escribir, y tan llenas
de ternura, que a mis penas
den soberano mentís.
(*Animándose por grados.*)
«Cesó mi agudo dolor,
»di mis celos al olvido,
»y que tenga he discurrido
»una historia nuestro amor.
»La pasión que nace ardiente,
»y la nube en el espacio,
»y el sol, globo de topacio
»en el encendido Oriente;
»con su claridad el día,
»la noche que llega obscura
»el llanto de la amargura
»y el llanto de la alegría;
»todo empieza para ser,
»todo su pasado tiene,
»es crepúsculo que viene
»antes del amanecer.
»Aparición peregrina
»de oro y grana, lenta sube
»por los aires, y hoy es nube;
»mas fué flotante neblina.
»Antes de que rompa el sol
»de la mañana los velos,
»baña el azul de los cielos
»con su tinta de arrebol.
»Lentamente el rojo broche
»se hunde en la llanura fría
»del mar, pues como en el día
»hay crepúsculo en la noche.
»Y es crepúsculo del llanto
»aquella vaga tristeza
»con que poco a poco empieza
»de la dicha el desencanto.
»Y la alegría bien sé

»que suele anunciarse aquí,
(*Poniendo la mano en el corazón.*)
»mas como yo la perdí
»ya su alborada olvidé.»
¡Muestre usted, Luis, más ardor!
¡Abra el pecho a la alegría!,
que llega, aunque triste y fría,
el alba de nuestro amor!
Le amaré al principio poco...
y más tarde ¡con delirio!
Así creció mi martirio,
por grados.

LUIS. ¡Me vuelvo loco!

MARÍA. La escala he de recorrer
de su infamia sin recelo,
y van a ser mi modelo
sus cartas a esa mujer.
(*Comienza a escribir febrilmente sobre las hojas en blanco que cortó. Luis, en pie, la contempla. De cuando en cuando levanta la cabeza María y dirige una sonrisa a Luis.*)

LUIS. (*Aparte.*)
(No consigo adivinar
sus proyectos... mas ¿qué importa? (*Pausa.*)
Sobre las hojas que corta
escribe sin descansar.)

MARÍA. (*Aparte.*)
«(Ya Carlos habrá olvidado
»este romántico estilo;
»hoy vive ya más tranquilo
»cerca del objeto amado.»
Lea usted.
(*A Luis dándole la carta que acababa de escribir.*)

LUIS. —Luis de mi vida...
(*Sigue leyendo en voz baja la carta. María escribe.*) (*Aparte.*)
(¿Por qué, pobre corazón,
te conmueve esta pasión

que pinta, siendo fingida?
¿No estás, necio, en el secreto?
¿Ignoras que están tomadas
sus frases enamoradas
de las cartas a Loreto?
¿Que no está pensando en ti,
que en Carlos está pensando?
Y ¿qué importa?... ¡No sé cuándo;
pero ¡ay, María!, que así,
de la confianza en la calma,
pudiera llegar traidor,
y poco a poco mi amor
hasta el fondo de tu alma.
Repíteme que me quieres,
oye mi amante porfía,
que yo bien sé, vida mía,
que virtud en las mujeres
es con nieves en la cumbre,
alta y áspera montaña,
pero se sube con maña,
y de amor la roja lumbre
derrite cual sol los hielos,
que bajan luego bullentes
a los lagos y a las fuentes
para reflejar los cielos.)

MARÍA. Basta, y pienso que son hartas.
(*Distribuyendo los papeles.*)
Las divido de ese modo:
(*A Luis, sonriendo.*)
la de usted antes que todo,
(*Separándolas en dos grupos.*)
las de Carlos y mis cartas.
(*Señalando sus cartas y hablando consigo misma.*)
De aquestas las suyas son
comprobante necesario,
como libro talonario
de su infamia y su traición.
«Y pues tan triste es la suerte

»del espíritu orgulloso,
»que de su dicha y reposo
»dispone materia inerte,
»de estos mezquinos objetos,
»sin vida y sin libertad,
»ha de hacer mi voluntad
»esclavos de mis secretos.»
Por los cortes que tracé,
como billetes de Banco,
cuando las hojas en blanco
de sus cartas separé,
siempre me es dado ajustar
a las suyas estas mías;
y en verdad que mis porfías
premio lograron hallar,
pues tal perfección alcanza
el ajuste y tal limpieza,
que jamás a una vileza
más se ajustó una venganza.
(*Pone una de las hojas de las cartas de Carlos y la correspondiente suya, de suerte que ajusten por la línea del corte, y ríe irónicamente al ver la exactitud de la unión; todo esto mientras pronuncia los anteriores versos, de manera que al decir los dos últimos vea el público cómo materialmente se efectúa dicho ajuste.*)

LUIS. (*Aparte.*)
(¡Es pueril satisfacción!
¡Es capricho singular!)
(*Alto.*)
¿Me quiere usted explicar?...

MARÍA. Cuando llegue la ocasión.
Algo falta... (*Meditando.*) Preciso es
que entre Carlos cuando venga.
Haré que Juan le prevenga,
y a Juan yo.
(*Se detiene como variando de pensamiento.*)
Mejor, Inés.

Vuelvo al punto; espere aquí.
(*A Luis, dirigiéndose a la segunda puerta de la izquierda.*)

LUIS. ¿Aunque Carlos venga?

MARÍA. (*Deteniéndose.*) No.

LUIS. ¿Pues dónde me oculto yo
cuando él llegue?

MARÍA. ¿Dónde?... Allí.
(*Señalando la primera puerta de la derecha.*)

LUIS. (*Haciendo un movimiento para detener a María.*)
Nada sé y nada pretendo
de sus proyectos saber:
dueña es usted de mi ser;
mas a lo que yo comprendo
usted arriesga, María,
en lance bien peligroso
la existencia de su esposo.

MARÍA. (*Con soberano desdén*)
¿Cuidó él tanto de la mía?
(*Sale María por la segunda puerta a la derecha.*)

ESCENA VI

LUIS

La previne; no escuchó;
mi conciencia he descargado.
¡Adelante con sus celos
y con mi amor insensato!
«Ni los riesgos desconozco
»de esta empresa a que me lanzo,
»ni soy tan necio que ignore
»que terminará cruzando
»hierro o plomo con el hombre
»a quien di por muchos años

»con el título de amigo
»mi leal y franca mano.»
El desenlace se acerca:
ni sé cómo, ni sé cuándo
llegará; pero que llega,
y con sangre y con escándalo
me lo está diciendo a voces
ese papel que he firmado.
(*Suena una campanilla.*)
¡Venga, si por fin arrojan
entre mis amantes brazos
esa mujer hechicera
de tez blanca y ojos garzos,
sus propias ciegas venganzas
y las traiciones de Carlos!

ESCENA VII

DON LUIS Y JUAN

JUAN. ¿Llamó el señor?
LUIS. No; sin duda
la señora le ha llamado.
(*Suena otra vez la campanilla.*)
JUAN. (*Aparte.*)
«¡Vaya un trasnochar! ¡Jesús,
»y qué casa! Yo me marcho:
»yo soy un hombre tranquilo
»y no estoy acostumbrado
»a estos enredos. ¡Don Luis!...
»¡Y la señora!... ¡Y don Carlos
que no vuelve!...
(*Suena otra vez la campanilla.*)
»¡Si ya voy!
»¡Si voy al momento!... ¡Malo!)»
(*Sale Juan por la segunda puerta derecha.*)

ESCENA VIII

LUIS

Es angelical María,
pero Loreto es el diablo,
y si allá en el cielo vence
siempre el bueno al ángel malo,
toma revancha en la tierra
el negro espíritu alado.
Y no sé por qué imagino,
al ver el contorno mágico
de Loreto, sus desnudas
espaldas, su cuello pálido,
sus negras trenzas deshechas
y sus grandes ojos pardos,
que inmensas alas de sombras
coronan sus hombros blancos. (*Pausa.*)
¡Pobre María, que lucha
con afán desesperado
contra la astuta sirena,
contra la pasión de Carlos
y contra mí... que la adoro
y que a su ruina la arrastro!

ESCENA IX

DON LUIS y JUAN

JUAN. ¡Vengo confundido, absorto!
«¡Esto jamás me ha pasado!»
LUIS. Pues ¿qué ocurre?
JUAN. «Dar dinero,
»porque cuando llegue el amo
»se avise que el amo llega,

»o también para llevárselo
»con pretextos e invenciones,
»impidiendo que en el cuarto
»de la señora penetre,
»esto es natural y es claro.
»¿No es verdad, señor don Luis?
»Aunque yo soy hombre honrado
»y tranquilo, y no me gustan
»ni picardías ni escándalos,
»tales cosas pasan hoy,
»que no teniendo cerrados
»los ojos preciso es verlas.

LUIS. »Y bien, ¿qué?

JUAN. »Pues» voy al caso.
¡Caso nuevo, inverosímil;
digo más, extraordinario!
Entro, como usted ya sabe,
y allí me estaba esperando...

LUIS. ¿La señora?

JUAN. La doncella.
Pero es igual. El mandato
de la señora cumplía.

LUIS. ¿Y cuál era?

JUAN. ¡El más extraño!...

LUIS. ¿Acabarás?

JUAN. Sí, señor;
sí, señor; voy acabando.
Me hizo aprender una historia
(*Acercándose a don Luis y contando con mucho misterio.*)
para contársela al amo
en el instante que llegue,
de la cual el inmediato
efecto será que aquí
de fijo entrará don Carlos.
¡Estando usted!

LUIS. ¡Insolente!
(*Suena el reloj de la chimenea.*)

JUAN. Oiga usted... ¡Ya son las cuatro! (1)

---

(1) Los versos que van entre comillas y que siguen en esta escena se han sustituído en la representación con los siguientes:

JUAN. Yo debo contar que usted
vino esta noche, que hablando
estuvo usted mucho tiempo
con la señora, que llantos
escuché desde la puerta,
que usted se marchó, y que al cabo
de muy poco, unos papeles
usted en persona trajo.
¿Qué le parece la historia?
(*Pausa: Juan procura recordar lo que ha de referir a Carlos.*)
«Yo debo contar primero
»que vino usted, y no cargo
»mi conciencia, no, señor,
»ni a la estricta verdad falto;
»porque tan vino esta noche
»como que aun no se ha marchado.
»Yo debo contar después,
»que con la señora hablando
»estuvo usted mucho tiempo,
»lo cual también es exacto;
»llegó usted dadas las doce
»y ha poco dieron las cuatro.
»Que en esa... conversación
»la señora soltó el trapo
»a llorar: verdad también:
»suspiros, sollozos, llantos
»escuché sin pretenderlo.
LUIS. »¡Tunante!
JUAN. »¡Si son los cuartos
»tan pequeños en Madrid!
LUIS. »Concluye.
JUAN. »Pues de eso trato,
»Que el señor vendrá ya pronto.
»Yo debo seguir contando

»que usted se marchó; que tuvo
»la señora largo rato
»un fiero ataque de nervios,
»y que poco después trajo
»usted mismo unos papeles,
»que Inesilla con recato
»entregó a doña María,
»la cual los tiene guardados.
»En esto último no todo
»es historia, pero al cabo
»hay cierta aproximación
»suficiente para el caso.
»Que hubo papeles se ve,
(*Mirando a la mesa.*)
»y sin duda usted los trajo.
»El irse y el haber vuelto
»no es difícil de arreglarlo,
»para calmar mi conciencia
»de hombre recto y timorato.
»No se fué, lo reconozco.
»Tampoco ha vuelto; esto es claro.
»Son dos inexactitudes,
»pero en sentido contrario.
»¿No es lo mismo ir y volver
»que quedarse? Pues al cabo
»resulta desde la cruz
»a la fecha mi relato,
»limpio, correcto, severo,
»como cumple a un hombre honrado.
»Y aquí tiene usted la historia
»que debo contar al amo.
»¿Usted qué opina, don Luis?»

LUIS. La señora lo ha mandado
y a ti obedecer te toca

JUAN. Además un buen regalo
me ha prometido.

LUIS. ¡Adelante!

JUAN. (*Aparte.*)
(¡Y también él quiere!... Vamos,

no lo entiendo.) (*Alto.*) ¡Un coche llega!
El es, sí; viene don Carlos. (*Sale.*)

ESCENA X

MARÍA, LUIS

MARÍA. (*Entra apresuradamente.*)
Allí, Luis;
(*Señalando a la primera puerta de la derecha.*)
él ha venido.
Y yo le ruego que en tanto
que no le avise...

LUIS. Señora,
mi voluntad de sus labios
está pendiente; seré,
no ya su amigo, su esclavo.
«Pero si Carlos me ofende,
»si creyéndose ultrajado
»me exige satisfacción...

MARÍA. (*Con cierta ironía.*)
»Pues son ustedes entrambos
»caballeros, se supone
»que cumplirán como bravos;
»pero hasta entonces...

LUIS. »María...

MARÍA. «¡Pronto, Luis... por Dios!...
(*Instándole para que se oculte.*)
»Al cabo.»
(*Sale Luis por la primera puerta de la derecha.*)

ESCENA XI

MARÍA

Recoge apresuradamente las cartas; guarda las de Carlos; conserva en la mano las de Luis y las suyas propias.

Ahora empieza mi papel;
ahora su castigo empieza;
y sepa el esposo infiel
lo que cuesta una vileza
de lágrimas y de hiel.
En mí como en un espejo
va a mirarse el criminal;
¡yo, que traiciones semejo,
y soy cual limpio cristal
que manda impuro reflejo!
El va a juzgarse a sí mismo
creyendo juzgarme a mí;
él, en su ciego egoísmo,
pensará que ya caí
hasta el fondo del abismo.
Hará de severo alarde,
(*Con ironía.*)
dictará fiera sentencia;
que por escarmientos arde
la escrupulosa conciencia
del que es traidor y cobarde.
(*Se recuesta en el sofá; finge que duerme y va ejecutando los movimientos que indica el verso. Toda esta parte es evidentemente irónica.*)
Ya duerme la delincuente.
¡Qué angustiosa pesadilla!
¡Qué palidez en su frente!
¡Cuál rueda por su mejilla

de terror lágrima hirviente!
(*Se interrumpe para reír.*)
En sueños terca me afano
mis cartas por defender:
la de Luis, ¡destino insano!,
está abierta y va a caer
desprendida de mi mano.
(*Queda María sobre el sofá fingiendo que duerme: en una de sus manos oprime con fuerza, pero de modo que se vean, las cartas que copió de las de Carlos, y que parecen ser dirigidas a Luis, y las acerca mucho a su pecho como para defenderlas. Sobre su falda, en contacto con su mano, pero ya desprendida de ella, coloca la carta que escribió Luis, y así espera breves instantes, siempre sonriendo, la llegada de Carlos.*)

ESCENA XII

MARÍA, fingiendo que duerme. CARLOS

CARLOS. No comprendo, vive Dios,
la historia que Juan relata.
¿De qué misterio se trata?
(*Con indiferencia.*)
¡Llanto... papeles... los dos!...
Pero dice que está enferma
y esto me puso intranquilo.
¿Debo entrar? No sé: vacilo.
Quizá la pobre ya duerma.
(*Pausa. Vuelve la vista y ve a María.*)
¡Ella!... ¡María!...
(*Pausa. La observa con cariño, pero sin acercarse.*)
¡Qué hermosa!
¡Yo la amaba con ternura!

No hay una frente más pura
que la frente de mi esposa.
Hoy me vence la pasión;
es mi delirio Loreto,
y llevo impuro secreto
guardado en el corazón.
Pero en su fondo escudriño
y bajo aparente calma
yo sé que conserva el alma
aquel antiguo cariño.
El hermoso cielo él era
de mi vida. De oro y grana,
Loreto nube, que ufana
empañó su azul esfera.
(*Dirigiéndose a María.*)
Mas no temas; que el encanto
de la nube desparece
cuando el sol no la enrojece;
y entonces su rico manto
se trueca en obscuro tul,
y se deshacen sus velos,
y eternos quedan los cielos
con su firmamento azul.
«Es la pasión quien de paso
»da a la nube su arrebol;
»pero siempre halla este sol
»en el hastío su ocaso.»
(*Se acerca a María y la observa con atención y cariño.*)
¡Hay llanto sobre su faz!
Sueña con Eugenio, sí.
(*Con seguridad.*)
¡Yo que me olvido de ti!...
(*Pausa.*)
¡Adiós, mi bien: duerme en paz!
(*Se aleja algunos pasos; después se detiene y vuelve a mirarla.*)
¡Si borrar pudiera un beso
mi pasión y tus agravios!

He de rozar con mis labios...
(*Se acerca otra vez a María y se inclina para besarla en la frente; pero repara en las cartas y se detiene sorprendido.*)
¡Pero... papeles! ¿Qué es eso?
(*Con extrañeza.*)
Los de la historia de Juan.
(*Recordando.*)
¡Y una carta al parecer!
(*Mirando la carta de Luis.*)
¿La carta qué podrá ser?
¿Los papeles qué serán?
Coger puedo esos objetos...
¡Y lo haré por vida mía!
¿Por qué no? Jamás María
tuvo para mí secretos.
(*Va a coger la carta de Luis, pero vacila y se detiene.*)
¡Necios escrúpulos!... ¡Vamos!
Y sin turbar su reposo...
¿Acaso no soy su esposo?
(*Coge con mucho cuidado la carta de Luis que estaba sobre la falda de María.*)
No ha despertado. (*Mirando otra vez a María.*)
Veamos.
Dice... (*Comenzando a leer la carta.*)
¡Adorada María!
¡Y firma la carta!... (*Buscando con afán.*)
¡Luis!
(*Se detiene dando muestras de violentísima agitación. El actor interpretará este momento como crea oportuno.*)
¡Torpes sospechas, mentís!
¿No es ella la esposa mía?
(*Con expresión de suprema confianza. Pausa.*)
Soy un insensato; calma.
(*Procura serenarse y después lee sin detenerse la carta, pronunciando sólo en alta voz, y*

con agitación creciente, las frases que marcan los versos.)
...¡Tus cartas!... ¡Dos años ha!
...¡*El* nunca sospechará!
...¡Adiós, alma de mi alma!
(*Pequeña pausa.*)
¡Se perturba mi razón!
¡Se me obscurece la vista!
¡Tiembla como rota arista
mi mezquino corazón!
(*Como luchando interiormente por apartar una idea horrible.*)
¡Mi propio seno desgarro
a impulsos de mi locura!
¡Ella, la del alma pura!
¡Ella, el ángel!... ¡Ella, barro!
Mas ¿son certezas mis celos?
¿No existen negras traiciones?
¿Han sido siempre ficciones
los Yagos y los Otelos?
Pensamiento, que te apartas
de la triste realidad,
¡allí tienes la verdad
escrita en aquellas cartas!
(*Señalando las que conserva María en la mano.*)
Si es inocente, ¿por qué
la mano cierra convulsa?
¡A verlas honor me impulsa,
y por Dios que las veré!
(*Se acerca a María y le quita las cartas con precaución. María finge alguna resistencia.*)
¡Al fin! ¡La prueba precisa!
(*Mirando a María.*)
¡Creyera que me provoca,
vagando en su bella boca
una irónica sonrisa!
Goza en tu alegre soñar,
goza en tu feliz letargo,

porque ha de ser muy amargo,
María, tu despertar!
(*Quiere leer las cartas y no lo consigue porque se le turba la vista.*)
¡Quiero estas cartas leer!
¡Quiero apurar mi amargura!
¡Y es la noche tan obscura
que sombras hay por doquier!
¡Su letra!... ¡Pienso que lloro!
¿Qué dice aquí?...— ¡Te amo tanto! (*Leyendo.*)
¡Yo verter cobarde llanto!
(*Enjugándose los ojos.*)
Y aquí, ¿qué dice?... — ¡Te adoro! (*Leyendo.*)
¿Y al principio?...—¡Vida mía! (*Idem.*)
¿Y al fin?...—¡Para siempre tuya! (*Idem.*)
¡Ella le dice que es suya!
¡Ella! ¡Mi esposa! ¡María!
(*Da muestras de grande desesperación. El actor interpretará este momento como juzgue oportuno. Mientras Carlos se esfuerza por leer las cartas. María se incorpora con precaución, y sigue con profunda alegría y risas irónicas los varios movimientos de Carlos. Al talento de la actriz queda encomendada ésta y las difíciles escenas que siguen. Pausa: se recobra un tanto y dice con acento reconcentrado y terrible.*)
Que algo olvido se me antoja;
alumbró mi obscuridad
un rayo de claridad:
¡luz, mucha luz, pero roja!
¡Luis, tan noble y caballero
y tan amigo y tan franco,
guardó las hojas en blanco!
(*Señalando irónicamente el borde de las cartas a Luis.*)
Blanco serán de mi acero.
Es forzoso concluir:

¡vas esposa a despertar!
(*Con acento terrible.*)
Es ya sobrado soñar
sueños que hacen sonreír.
¡Despierta!...
(*Sacudiéndola un brazo violentamente.*)

MARÍA. ¡Carlos, mi amor!

CARLOS. ¡María!...
(*Vacilando y retrocediendo ante María que avanza cariñosa hacia él.*)

MARÍA. ¡Qué dulce calma
soñando gozaba el alma! (*Con languidez.*)

CARLOS. (*Aparte.*)
(¡Cómo finge!)

MARÍA. (*Aparte.*) (¡Qué traidor!)
(*María se acerca a Carlos y se apoya en él lánguidamente. Carlos, luchando con sentimientos encontrados, unas veces la rechaza con ira, otras la atrae con pasión. Los actores darán a esta escena el carácter que crean más propio.*)
¡Cuánta ventura! ¡Es muy tarde!
¿No es verdad, esposo mío?
¿Estás triste?... ¡Qué desvío!

CARLOS. (*Aparte.*)
(¡A mi voluntad cobarde
ayudad, memorias todas!)

MARÍA. Comienza a clarear el día.
(*Mirando hacia el balcón*)

CARLOS. Así clareaba, María,
la noche de nuestras bodas.
¿Te acuerdas? ¡Responde!

MARÍA. (*Tristemente.*) Sí.

CARLOS. ¡Los dos el salón dejando
y el corazón palpitando,
solos vinimos aquí!
¡Todo en silencio y obscuro
cual santuario misterioso!
¡Murmuraba tembloroso

mi nombre tu labio puro!
¡Oh, celestial ilusión,
vuelve a mí!

MARÍA. ¡Carlos! (*Dominada a pesar suyo.*)

CARLOS. ¡María!
¡En el silencio se oía
palpitar tu corazón!
Blanco, puro, transparente
el albor de la mañana,
al través de esa ventana
bañó tu pálida frente!
—¡Tuya por siempre!—dijiste,
¡y llorando me abrazaste!

MARÍA. ¡Tú, Carlos, también juraste!
(*Sin poder contenerse.*)

CARLOS. (*Con acento terrible y asiéndola del brazo con violencia.*)
¡Pero tú, infame, mentiste!

MARÍA. (*Fingiéndose aterrada y retrocediendo. Carlos avanza sobre ella amenazador.*)
¿Por qué tan fieros enojos
en tu voz que vibra airada?
¿Por qué hay fuego en tu mirada
y lágrimas en tus ojos?

CARLOS. ¿Por qué?... ¡Porque amas a Luis!
(*Casi al oído con voz reconcentrada y terrible.*)

MARÍA. ¡Jesús!

CARLOS. ¡Tengo pruebas hartas!

MARÍA. ¡No, Carlos, no!

CARLOS. ¿Y estas cartas?

MARÍA. ¡Las cartas y tú mentís!
(*Con extraordinaria energía,*)

CARLOS. ¡Me asombra tanta maldad!
(*Confundido y algo desconcertado.*)

MARIA. (*Aparte.*)
(Me olvidé de mi papel.)

CARLOS. (*Con superioridad abrumadora.*)
¡Conserve al menos la infiel

la honradez de la verdad!
(*María se finge vencida: baja la cabeza y oculta el rostro entre las manos.*)
¿Al fin confiesas?

MARIA. ¡Perdón!...
¡Llorando tu cuello ciño!
(*María procura abrazar a Carlos, pero éste la rechaza con dulzura.*)

CARLOS. ¿Qué has hecho de aquel cariño
que puse en tu corazón?
¡Mi propio nombre te di
y mi esperanza y mi fe!
¿Por qué insensato te amé?
¿Por qué, ¡ay Dios!, te conocí?

MARIA. ¿No podré, Carlos, borrar
la inmensidad de mi culpa?

CARLOS. Para el crimen no hay disculpa.

MARIA. ¿Pues qué me resta?

CARLOS. ¡Llorar! (*Pausa.*)
Cuando la traición nos hiere;
cuando el ser a quien amamos,
por quien todo lo olvidamos,
otro cariño prefiere;
cuando de sí nos arroja
y su esquivez nos humilla;
cuando el llanto en la mejilla
más la quema que la moja,
se extingue toda ilusión
por aquel que nos agravia,
y de la vida la savia
se seca en el corazón.
¡Tú, que al doméstico hogar
la deshonra me trajiste;
tú, que los lazos rompiste
jurados en el altar!...
(*Aparte.*)
(Mis ojos el llanto arrasa...)
¡Tú... lo digo con dolor, (*En voz alta.*)
pero lo exige el honor,

debes salir de mi casa!

MARIA. ¡Por Dios!... (*Fingiéndose aterrada.*)

CARLOS. (*Aparte.*)
(¡Aunque me taladre
su pena el alma!) (*En voz alta.*) ¡María,
al primer rayo del día
a unirte irás con tu madre!
(*Carlos rechaza suavemente a María, y va a caer desfallecido en el sillón que está junto a la mesa de la izquierda. María se deja caer en el sofá de la derecha. Ambos permanecen silenciosos. Comienza a clarear débilmente el día. Pausa. Carlos hace sonar un timbre que habrá sobre la mesa.*)

ESCENA XIII

DICHOS Y JUAN

CARLOS. Juan. (*Suena el reloj.*)

JUAN. ¿Señor?

CARLOS. ¿Dieron?... (*Como distraído.*)

JUAN. Las cinco.

CARLOS. Al fin concluyó la noche.

JUAN. ¿Llamaba el señor?

CARLOS. El coche.

JUAN. Al momento. (*Aparte.*) (Con ahinco
busco de luz un destello
por averiguar qué pasa
en esta bendita casa,
y nada, no doy con ello.) (*Sale Juan.*)

ESCENA XIV

MARIA Y CARLOS

MARIA. (*Levantándose lentamente y acercándose a Carlos, que parece abismado en su dolor.*)
¡Carlos, por última vez!
(*Con voz suplicante.*)

CARLOS. Es inútil. (*Sin volverse.*)

MARIA. ¡Un favor!
¡El postrero de tu amor!
¡Mira mi pálida tez!
¿La ves anegada en llanto?
¡Eugenio!... (*Con voz cada vez más tierna.*)

CARLOS. Queda conmigo.
Ese será tu castigo.

MARÍA. (*Fingiendo desesperación.*)
¡Perderle siendo mi encanto! (*Pausa.*)
¡Carlos, tu enojo refrena!
¿Nada mi crimen disculpa?

CARLOS. ¿De quién es, mujer, la culpa?
Tuya: pues sufre la pena.

MARÍA. ¡Es tu corazón de roca!

CARLOS. ¡Es inmenso mi dolor!

MARÍA. ¡Jamás olvidé tu amor!

CARLOS. ¿Así profana tu boca?...
¡Vete! (*La rechaza con indignación.*)

MARÍA. ¡Escúchame!

CARLOS. ¡Jamás!

MARÍA. ¡Una distracción galante!...
(*Con fingida candidez, en cuyo fondo hay algo de ironía.*)
Fué mi amigo, no mi amante.
¡Lo juro, Carlos!

CARLOS. (*Dominándose apenas.*)
¡No más!

MARÍA. (*Marcando aún más la ironía.*)

¡A veces nos avasalla
un delirio, un arrebato!

CARLOS. (*Con desesperación.*)
¡Y la escucho y no la mato!

MARÍA. ¡Te amo tanto, Carlos!
(*Acercándose cariñosamente a Carlos.*)

CARLOS. (*Rechazándola.*) ¡Calla!

MARÍA. Alguna frase imprudente
que nada, Carlos, encubre:
ligerezas...

CARLOS. ¡Ves que cubre
mortal palidez mi frente!

MARÍA. Si leyéramos con calma
esos papeles...

CARLOS. ¡María!
(*Con voz suplicante y procurando apartarse de ella; pero María le sigue.*)

MARÍA. Justificarme podría.

CARLOS. ¡Vete!

MARÍA. ¡Carlos de mi alma!
(*Carlos hace esfuerzos por no oírla: María insiste.*)
También hay en las mujeres
(*Con cierto tinte de candidez y de ironía.*)
ilusiones pasajeras:
la importancia tú exageras
de esas cartas...

CARLOS. (*Con acento terrible.*) ¿Tú lo quieres?

MARÍA. ¡Sí, Carlos!

CARLOS. ¡Tu voluntad
es la muerte de los dos! (*Ciego de ira.*)

MARÍA. ¿Y bien?

CARLOS. ¡Escucha!
(*La coge por un brazo y la trae a sí violentamente.*)

MARÍA. ¡Por Dios!

CARLOS. ¡Él de ti tenga piedad!
(*Leyendo con voz alterada.*)
—Adorado Luis: es muy tarde y aun no he

podido cerrar mis cansados párpados. Tú me faltas y sin ti no hay para tu María ni sosiego ni reposo, ni es la existencia mas que tormento intolerable.—

MARÍA. Y esto, ¿qué prueba?

CARLOS. (*Se detiene algunos instantes y la mira con profundo estupor: María sonríe con inocencia.*)

¡Me asombra
la audacia de esta mujer!
¡Alrededor de mi ser
se va extendiendo la sombra!
(*Cubriéndose los ojos con las manos.*)

MARÍA. Sigue, Carlos.

CARLOS. ¡Que prosiga!

MARÍA. Y sin temor.

CARLOS. Pues escucha.
(*Sigue leyendo con voz sorda y contenida, y casi maquinalmente.*)
—Estoy sola y puedo escribirte. Sola, sí. Carlos no ha vuelto y Eugenio duerme. ¡Carlos, Eugenio, los dos seres que más amaba yo en el mundo antes de conocerte!...

MARIA. ¿No acabas?

CARLOS. No; que esta lucha
me enloquece... y me fatiga...
¡Toma y huye!
(*Le da la carta a María, ésta la toma, pero sigue inmóvil.*)
¡Por el cielo!
(*Al ver que María no se marcha.*)
¿No estás viendo que en mis ojos,
por el delirio ya rojos,
se extiende de sangre un velo?

MARIA. (*Aparte.*)
(A mi carta sustituyo
la que a Loreto escribió.)
(*Hace con precaución el cambio de una carta por otra.*)

¿Por qué no terminas?
(*Alto y procurando darle la carta; pero Carlos se resiste.*)

CARLOS. ¡No!

MARIA. Que ya vacilas arguyo. (*Con acento provocativo.*)
(*Le sigue con la carta en la mano insistiendo en que la tome, pero sin conseguirlo por la obstinación de Carlos.*)
¡Sigue leyendo!

CARLOS. ¡No más! (*Defendiéndose.*)

MARIA. ¡Sigue, que acepto el combate! (*Con fiereza.*)

CARLOS. ¿Anhelas que yo te mate?
¡Pues bien, lo conseguirás!
¡Tiemble la mujer liviana! (*Fuera de sí.*)
¿Quieres que tu carta lea?

MARIA. ¡Mil veces sí!

CARLOS. ¿Sí?... ¡Pues sea!
¡Y al despuntar la mañana,
por destrozo de esta lid,
de mi venganza pregón
debajo de ese balcón
verá tu cuerpo Madrid!

MARIA. ¡Pronto!

CARLOS. ¡Ven!... ¡Escucharás
(*La trae a sí con furor.*)
tu sentencia de rodillas!
(*La obliga a arrodillarse a pesar de su resistencia.*)

MARIA. ¡Carlos, Carlos... que me humillas!

CARLOS. ¡Tu crimen te humilla más!
(*Comienza Carlos a leer, pero sin encontrar el punto en que lo dejó, dudando y repitiendo las palabras.*) - Tú me faltas... ni la existencia más que tormento intolerable... los dos seres... - ¡ah!...—los dos seres...—¡sí!... los dos seres que yo amaba más en el mundo antes de conocerte, Loreto de mi vida... ¡Loreto de mi vida!... ¡¡Loreto de mi vida!!...

(*Después de repetir dos veces maquinalmente el nombre de Loreto, se detiene Carlos asombrado de lo que acaba de leer. Mira a su alrededor con desvarío, se pasa la mano por la frente, contempla con estupor a María, que sigue arrodillada a sus pies, y demuestra en todos sus movimientos la confusión que le domina. El actor, a pesar de estas observaciones, interpretará este momento como juzgue oportuno.*)
(*Aparte.*)
(¡Cómo!... ¡Qué!... ¿Yo dije?...—No.)
¡Aire!... ¡Luz!... ¡Me vuelvo loco!...
¿Qué es esto?... No... poco a poco...
Un vértigo me turbó.
(*Vuelve de nuevo a mirar la carta. En tanto María, siempre de rodillas, le contempla con sonrisa sardónica.*)
(*Aparte.*)
(¡De Loreto el nombre miro!)
¿Qué es esto?

MARIA. Prosigue.

CARLOS. Espera...
¡Una ilusión pasajera!...
(*Aparte.*)
(Dice «¡Loreto!...» ¡Deliro!)

MARIA. ¿De tus venganzas en pos
no sigues?

CARLOS. (*Mirando otra vez la carta y aparte.*)
(Dice: ¡María
y Eugenio!... ¡La letra es mía!)
(*Deja caer la carta que María recoge sin levantarse.*)

MARIA. Leeremos juntos los dos.
(*Siempre arrodillada, pero obligando a Carlos a que se incline hacia ella.*)
(*Leyendo.*) A poca distancia de mí duermen María y Eugenio; los dos seres que yo más amaba en el mundo antes de conocerte, Lo-

reto de mi vida. Hoy, ¿qué son para mí? Si su recuerdo pasa por mi memoria, más es como sombra molesta que como imagen querida. Es que tu amor, Loreto de mi alma, se ha apoderado como dueño absoluto de mi ser, y tu Carlos diera por sólo un beso tuyo...

CARLOS. ¿Qué es esto, Dios de los cielos,
que mi razón enloquece?

MARIA. Esto es, Carlos, que amanece:
sol que rasga negros velos.
¡Basta de infame ficción
(*Levantándose con energía.*)
y de cobarde comedia,
que ya mi altivez me asedia
con gritos de indignación!

CARLOS. Pero ¿aquella horrible carta
que yo con mis ojos vi?...

MARIA. Aquí la tienes, aquí, (*Presentándosela.*)
que ya mi paciencia es harta.
Escucha, Carlos, la historia
que alucinó tu razón,
o por sobra de pasión
o por falta de memoria.
(*Pequeña pausa. María relata con rapidez.*)
Hoy descubro tu secreto;
la verdad por fin te arranco:
sobre las hojas en blanco
de tus cartas a Loreto,
dominando mi dolor,
secando mi llanto ardiente,
voy copiando lentamente
tus tiernas frases de amor;
ruego a Luis y al fin escribe
compasivo; llamo a Inés;
ella a Juan llama después,
y a tu vuelta le apercibe
con una historia mentida;
te repite Juan el cuento,

penetras en mi aposento
y me finjo la dormida;
y aquí ya el esposo infiel,
a entender por fin empieza
lo que cuesta una vileza
de lágrimas y de hiel.
En mí como en un espejo
viste tu amor criminal:
yo soy el limpio cristal
y tú el impuro reflejo.
Aquesta es la triste historia
que alucinó tu razón,
o por sobra de pasión
o por falta de memoria.

CARLOS. (*Hablando consigo mismo.*)
Todo así por fin se explica...
¡Pero esta duda fatal!...
¡Una prueba material
mi angustia te lo suplica!

MARIA. (*Mostrando las cartas de Carlos.*)
De mis cartas estas son
comprobante necesario,
como libro talonario
de tu infamia y tu traición.
(*Ajustando dos cartas, una de Carlos y otra suya.*)
¿Tus cartas ves ajustar
por los bordes a las mías?
¿No es verdad que mis porfías
premio lograron hallar?
¡Tanta perfección alcanza
el ajuste y tal limpieza,
que jamás a una vileza
más se ajustó una venganza!

CARLOS. ¡Es la luz! ¡La luz del día! (*Con arrebato.*)
¡Es la verdad; la evidencia!
¡Miraba yo mi conciencia
y dudaba de María!

MARIA. (*Aparte.*)

(¿Por qué, corazón cobarde,
su alegría te conmueve?
¡Es el traidor, el aleve!)

CARLOS. ¡Ven a mis brazos!

MARIA. Es tarde. (*Retrocediendo.*)
Ya conoces mi secreto
y estás tranquilo por ti;
pero no piensas en mí,
ni en tu infamia, ni en Loreto.
Cuando la traición nos hiere,
cuando el ser a quien amamos,
por quien todo lo olvidamos,
otro cariño prefiere;
cuando de sí nos arroja
y su esquivez nos humilla;
cuando el llanto en la mejilla
más la quema que la moja;
cuando por horrible prueba,
ella, la esposa ultrajada,
oye leer arrodillada
las cartas a la manceba,
se extingue toda ilusión
por aquel que nos agravia,
y de la vida la savia
se seca en el corazón.
Un abismo nos separa;
me repugna tu regazo;
rompiste el divino lazo
que postrados ante el ara
por siempre unirnos debió.

CARLOS. ¡María!

MARÍA. En mi pecho frío
sólo hay tristeza y hastío.

CARLOS. ¿Y tu cariño?

MARÍA. Murió. (*Pausa.*)
De la mujer tan escasa
la autoridad siempre fué,
que como tú no podré
decirte: sal de mi casa;

pero aunque el dolor taladre
mi pecho, si al ser de día
aquí estás...

CARLOS. ¡Por Dios, María!

MARÍA. Iré a unirme con mi madre. (*Pausa.*)
Grato me fuera vivir
entre recuerdos de ayer;
si esta casa he de perder...

CARLOS. Es justo, debo partir.

MARÍA. Eugenio queda conmigo;
necesito que mi llanto
seque.

CARLOS. ¡Pero él es mi encanto!

MARÍA. Ese será tu castigo.

ESCENA XV

DICHOS Y LUIS

MARÍA. (*Dirigiéndose al cuarto en que está Luis oculto.*)
¡Luis!
(*Se presenta Luis, deteniéndose a pocos pasos de la puerta. Movimiento de sorpresa de Carlos.*)
Me vence la emoción
y necesito reposo.
Repita usted a mi esposo
que en esta triste ficción,
sólo cediendo a mi llanto,
tomó usted parte por mí.

LUIS. Así fué, señora.

MARÍA. Sí.
¡Y cuánto agradezco, cuánto
su bondad!, yo no podría
explicar cumplidamente.
¡Adiós!... ¡Se abrasa mi frente!

(*Se dirige María a la primera puerta de la derecha. Luis se aproxima al paso.*)

LUIS. (*Aparte.*)
(¿Y sus promesas?... ¡María!)

MARÍA. (*Aparte y mirando con soberana altivez y desprecio.*)
(Ha podido comprender
que ante todo soy honrada,
y ya la traición pasada
al traidor no he menester.) (*Sale.*)

ESCENA XVI

CARLOS Y LUIS

LUIS. (*Mirando hacia la puerta por donde salió María.*)
(¿Y he rendir vasallaje
a su virtud?)

CARLOS. (*Poniendo una mano en el hombro a Luis.*)
Del amigo
dignas son, Luis, de castigo
aun apariencias de ultraje.

LUIS. En mí tienen fiador
mis actos malos o buenos;
pero convendrás al menos,
si no te ofusca el rencor,
que poco duró el engaño,
y que si cómplice he sido
de María y he fingido,
no fué, Carlos, en tu daño.

CARLOS. Tan grande es mi confusión
en este angustioso instante,
que al verte de mí delante
le pregunto a mi razón
si a pesar de antiguos lazos
impune dejarte puedo,

o si a los recuerdos cedo
de amigo y te abro los brazos.

LUIS. (*Fríamente.*)
Tu conciencia en consultar
harás bien. (*Aparte.*) (¡Adiós, María!)
(*En voz alta.*)
A solas yo con la mía
voy también a meditar.
(*Sale lentamente por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA XVII

CARLOS, MARÍA observándole con precaución desde la puerta primera de la derecha.

CARLOS. A solas con su conciencia,
dice Luis, y dice bien.
Cien veces, y aun otras cien,
quise yo de mi demencia
vencer la furia en secreto,
y tornar a mi María,
y siempre me lo impedía
la memoria de Loreto.
¿Qué importa ya que vencido
ante esa puerta solloce?
(*Señalando al cuarto de María.*)
¡El bien nunca se conoce
hasta después de perdido! (*Pausa.*)
Me desprecia y me aborrece;
es necesario partir;
pero antes debo cumplir
sin vacilar, que envilece
la duda de un solo instante,
un imperioso deber.
¡Adiós, sirena o mujer!
¡Adiós, mi Loreto amante!...

¡No; dije mal!... ¡Ya no es mía!
¡La del llanto y el dolor,
esa mujer es mi amor,
no la de impura alegría!
«¡Loreto, cuán seductora,
»qué mirada tan ardiente!
»¡Cuánta tristeza en la frente
»de María, y cuánto llora!»
(*Se detiene algunos instantes; después se sienta a escribir en el velador inmediato a la puerta en que observa María. Escribiendo y repitiendo en alta voz lo que escribe.*)
«¡Adiós para siempre, Loreto! Una noche »de angustia y de dolor ha iluminado mi con»ciencia y ha fortalecido mi espíritu. Todo »concluyó entre nosotros. Perdóname y ol»vida a quien hoy quisiera olvidar delirios »que le cuestan la felicidad de toda la vida »y remordimientos que serán su eterno »castigo. Otra vez más, Loreto, ¡adiós para siempre!—Carlos.» (*Se levanta dejando la carta abierta sobre el velador y marcha distraído. Después se acerca al balcón y contempla las primeras luces del día. En tanto María aventura algunos pasos, toma la carta y lee con profunda emoción.*)

CARLOS. «Blanquea el negro capuz
»del alba la pura esencia,
»cual en obscura conciencia
»esparce el deber la luz.»

MARÍA. —(¡Adiós por siempre, Loreto!
(*Leyendo.*)
¡Luego su amor me prefiere!)

CARLOS. Hoy el destino me hiere.

MARÍA. (¿Qué me dices en secreto,
corazón, con tu latir?
¿Recuerdas tal vez su amor?)

CARLOS. ¡Me falta, ay, Dios, el valor,
y es necesario partir!

ESCENA XVIII

DON CARLOS, JUAN

MARIA, al ver llegar a JUAN se retira a su cuarto y observa desde la puerta

JUAN. El coche, señor, aguarda.
CARLOS. Voy al punto.
JUAN. (¡Toma, es él!...
¡Válgame Dios qué Babel!)
(*Juan se dirige a la ventana y mira por ella.*)
Mucho la mañana tarda,
pero abriendo este cristal
tenemos ya luz bastante.
(*Abre las dos hojas del balcón, después toma el quinqué y se dirige a la puerta de la izquierda.*)
(Primero fué el ayudante,
ahora se va el principal.)
(*Mirando a don Carlos. Sale. La escena queda únicamente iluminada por la pálida luz del amanecer.*)

ESCENA XIX

CARLOS, MARIA

MARÍA observa desde la puerta de su cuarto hasta el momento en que, según indica el diálogo, deba presentarse

CARLOS. (*Disponiéndose a partir y luchando con la emoción que le domina.*)
Vapores del nuevo día,

recoged en vuestro manto
este amarguísimo llanto
y llevádselo a María.
¡Por ella lloro y por él!
¡Por el pobre pequeñuelo
con ojos color de cielo
de quien me aparta cruel!
¡Adiós, porvenir tranquilo;
adiós, doméstico hogar;
te voy por siempre a dejar
y acongojado vacilo!
¿Qué misteriosa atracción
me llama invencible a ti?
¡Es, ay, que me dejo aquí
la mitad del corazón!
(*Dirigiéndose a la puerta de la izquierda*)
¡Adiós por última vez,
del alma divinos lazos;
os tiendo al partir los brazos!

MARÍA. (*Aparte.*)
¡Es mortal su palidez!

CARLOS. El tiempo pasa veloz.
(*Da algunos pasos.*)

MARÍA. ¡Carlos! (*Llamándole débilmente.*)

CARLOS. (*Se detiene.*) ¡No puedo, no puedo!
¡Hasta pensé que muy quedo
me llamaba!

MARÍA. ¡Ven!

CARLOS. ¡Su voz!
(*Se vuelve y tiende los brazos a María, pero sin acercarse a ella.*)

MARÍA. ¡Te llama el niño!

CARLOS. (*Sin acercarse.*) ¡María!

MARÍA. ¡Y te llamo yo también!
(*Tendiéndole los brazos en una explosión de cariño. Se precipitan uno a otro y se abrazan llorando.*)

CARLOS. ¡La sangre choca en mi sien!
¡Yo deliro... de alegría!

¡Eres un ángel del cielo!

MARÍA. ¡Silencio!

CARLOS. ¡Mi pecho estalla!
¡Y tú me perdonas!

MARÍA. ¡Calla,
que despierta el pequeñuelo!
(*Pausa.*)
¡Qué horribles ensueños, Carlos,
tuve esta noche! ¡Ay de mí!
¡Pero al despertar te vi...
y no puedo recordarlos!

CARLOS. ¡No los recuerdes jamás,
te lo pido de rodillas!
(*Intenta arrodillarse.*)

MARÍA. (*Conteniéndole.*)
¡No, Carlos, no, que te humillas!

CARLOS. ¡Mi crimen me humilla más!
¡Rompí los infames lazos!

MARÍA. (*Casi al oído y en voz baja.*)
¡Silencio!... ¡Yo nada sé!...
¡Yo te amo... como te amé!

CARLOS. ¡A tus plantas!

MARÍA. ¡En mis brazos!
(*Se abrazan.*)

FIN

57

OBRAS DE D. JOSÉ ECHEGARAY

El libro talonario, comedia en un acto, original y en verso.

La esposa del vengador, drama en tres actos, original y en verso.

La última noche, drama en tres actos y un epílogo, original y en verso.

En el puño de la espada, drama trágico en tres actos, original y en verso.

Un sol que nace y un sol que muere, comedia en un acto, original y en verso.

Cómo empieza y cómo acaba, drama trágico en tres actos, original y en verso. (Primera parte de una trilogía.)

El gladiador de Ravena, tragedia en un acto y en verso, imitación.

O locura o santidad, drama en tres actos, original y en prosa.

Iris de paz, comedia en un acto, original y en verso.

Para tal culpa tal pena, drama en dos actos, original y en verso.

Lo que no puede decirse, drama en tres actos, original y en prosa. (Segunda parte de la trilogía.)

En el pilar y en la cruz, drama en tres actos, original y en verso.

Correr en pos de un ideal, comedia original, en tres actos y en verso.

Algunas veces aquí, drama original, en tres actos y en prosa.

Morir por no despertar, leyenda dramática original, en un acto y en verso.

En el seno de la muerte, leyenda trágica original, en tres actos y en verso.

Bodas trágicas, cuadro dramático del siglo xvi, original, en un acto y en verso.

Mar sin orillas, drama original, en tres actos y en verso.

La muerte en los labios, drama en tres actos y en prosa.

El gran galeoto, drama original, en tres actos y en verso, precedido de un diálogo en prosa.

Haroldo el normando, leyenda trágica original, en tres actos y en verso.

Los dos curiosos impertinentes, drama en tres actos y en verso. (Tercera parte de la trilogía.)

Conflicto entre dos deberes, drama en tres actos y en verso.

Un milagro en Egipto, estudio trágico, en tres actos y en verso.

Piensa mal... ¿y acertarás?, casi proverbio, en tres actos y en verso.

La peste de Otranto, drama original, en tres actos y en verso,

Vida alegre y muerte triste, drama original, en tres actos y en verso.

El bandido Lisandro, estudio dramático, en tres cuadros y en prosa.

De mala raza, drama en tres actos y en prosa.

Dos fanatismos, drama en tres actos y en prosa.

El conde Lotario, drama en un acto y en verso.

La realidad y el delirio, drama en tres actos y en prosa.

El hijo de carne y el hijo de hierro, drama en tres actos y en prosa.

Lo sublime en lo vulgar, drama en tres actos y en verso.

Manantial que no se agota, drama en tres actos y en verso.

Los rígidos, drama en tres actos y en verso, precedido de uu diálogo-exposición en prosa.

Siempre en ridículo, drama en tres actos y en prosa.

El prólogo de un drama, drama en un acto y en verso.

Irene de Otranto, ópera en tres actos y en verso.

Un crítico incipiente, capricho cómico en tres actos y en prosa.

Comedia sin desenlace, estudio cómico-político, en tres actos y en prosa.

El hijo de don Juan, drama original, en tres actos y en prosa, inspirado por la lectura de la obra de Ibsen titulada *Gengangere.*

Sic vos non vobis o la última limosna, comedia rústica original, en tres actos y en prosa.

Mariana, drama original, en tres actos y un epílogo, en prosa.

El poder de la impotencia, drama en tres actos y en prosa.

A la orilla del mar, comedia en tres actos y un epílogo, en prosa.

La rencorosa, comedia en tres actos y en prosa.

María-Rosa, drama trágico, de costumbres populares, en tres actos y en prosa. (Traducción.)

Mancha que limpia, drama trágico, en cuatro actos y en prosa.

El primer acto de un drama, cuadro dramático, en verso.

El estigma, drama en tres actos y en prosa.

La cantante callejera, apropósito lírico, en un cuadro y en prosa.

Semíramis o la hija del aire (refundición). Drama en tres jornadas y en verso.

Tierra baja, drama en tres actos y en prosa. (Traducción.)

La calumnia por castigo, drama en prosa, en tres actos y un prólogo.

La duda, drama original, en tres actos y en prosa.

El hombre negro, drama original, en tres actos y en prosa.

Silencio de muerte, drama original, en tres actos y en prosa.

El loco Dios, drama original, en cuatro actos y en prosa.

Malas herencias, drama original, en tres actos y en prosa.

La escalinata de un trono, drama trágico original, en cuatro actos y en verso.

La desequilibrada, drama original, en cuatro actos y en prosa.

A fuerza de arrastrarse, farsa cómica, original, en un prólogo y tres actos, en prosa.

Entre dolora y cuento, monólogo.

El moderno Endimión, ídem.

El canto de la sirena, ídem.

El preferido y los cenicientos, drama vulgar o escenas de familia, en un prólogo y dos actos, por Librado Ezguienza.

202193

LS
E184rl

Echegary, José
Los rigidos, etc,...

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU